

una derrota, al mismo tiempo que se niega la existencia de esta. De ser falso el hecho concerniente á la victoria alcanzada el 5 de Mayo, no se explicaria que por una jactanciosa mentira de nuestra parte, se hubiese mandado una expedicion á nuestro suelo. Y de ser cierto por el contrario que las armas mexicanas alcanzaron tal victoria, aparecerá como un triste despecho la calificacion de *pretendida* con que se quiere desfigurarla.

Mas adelante dá Forey por decidida la cuestion militar con los descalabros que asegura han sufrido nuestras tropas; con la toma de Puebla; con la evacuacion de la capital.

En dos sentidos puede tomarse la frase en que se asienta estar decidida la cuestion militar; ó en el de que no tienen ya los franceses enemigo con quien pelear, ó en el de que los sucesos que mencionan han borrado la afrenta del 5 de Mayo. En ambos extremos se ha propalado una insigne falsedad.

La república entera permanece en pié; fuerzas considerables están listas á oponerse al avance de los invasores, quienes á cada paso que den, encontrarán por todas partes enérgica resistencia. La guerra está todavía muy al principio, y durará tanto tiempo, cuanto sea el que se insista en el extraño propósito de arrebatarnos nuestra independencia. La cuestion que se llama decidida, apenas se encuentra iniciada.

En cuanto á los hechos de que se hace mérito, bástenos decir que han sido escandalosamente tergiversados. Falso es de todo punto que los franceses hayan salido vencedores en todos los encuentros tenidos con nuestras tropas; ahí están los diversos asaltos en que fueron rechazados en Zaragoza, para desmentir tan calumnioso aserto. Falso es tambien que fuera Puebla una plaza de primer orden; y al llamarla así por vanidad todo un general frances, dá la mas desconsoladora

idea de sus conocimientos profesionales. La defensa de la ciudad no se debió á sus pasajeras fortificaciones, sino al arrojo con que los soldados que tanto se afecta despreciar, resistieron los ataques de los sitiadores, disputándoles casa por casa, sin dejarlos penetrar mas allá de la primera linea establecida. La caida de la plaza y de sus defensores no procedió de que fuese tomada á viva fuerza, único caso en que el acontecimiento pudiera servir de compensacion de un desastre anterior. La caida procedió de la falta de víveres y municiones. En el manifiesto que impugnamos se asevera que la guarnicion tenia al sucumbir poderosos recursos; pero tal afirmacion no descansa en prueba alguna, está desmentida por el testimonio contrario de millares de personas bien impuestas de la verdad, y no es mas que una mentira convencional, con la que se pretende engañar á los que solo oigan á una de las partes interesadas en la cuestion.

No concebimos cómo puede redundar en abono de las armas francesas la evacuacion de la capital, en la que no se opuso resistencia al invasor, por no contarse con los elementos necesarios para hacerla fructuosa. Donde no hay combate no hay gloria, á no ser que los franceses tengan el privilegio exclusivo de triunfar hasta donde no pelean.

Léjos, pues, de que esté eclipsada nuestra victoria del 5 de Mayo, la defensa de Zaragoza ha venido á darle mayor realce, agregando la nueva gloria á la antigua. No hay derrota por otra parte que alcance, segun hemos ya tenido ocasion de decirlo otras veces, á borrar un hecho consumado: los mexicanos podrán ser vencidos en lo de adelante, sin que por eso dejen de ser nunca los vencedores de Lorencez.

El general Forey, tan desgraciado al tratar de la cuestion militar, no es mas feliz al ocuparse de la política.

Despues de la fraseología de costumbre sobre fusion de

partidos, combinacion de la libertad con el órden y apoyo desinteresado del emperador, entra el desarrollo del programa frances, tambien de estampilla y rutina, como todos los programas habidos y por haber. Extincion de préstamos forzosos y requisiciones, castigo á los que cometan alguna exaccion, respeto á las propiedades y á las personas, libertad de la prensa, supresion de la leva, arreglo de impuestos, desaparicion de ciertas alcabalas vejatorias, severidad con los defraudadores de las rentas públicas, proteccion á la religion católica, restablecimiento de los obispos en sus diócesis, persecucion del robo, rectitud en la administracion de justicia: he aquí en resúmen los ofrecimientos que se hacen. Recordando las actas de nuestros repetidos pronunciamientos, en cualquiera de ellos se encontrará, *mutatis mutandis*, la misma serie de promesas.

Con estas van mezcladas injurias, que son cuando ménos inoportunas en un documento destinado á ganar para la intervencion popularidad por medio de halagos. Entre las mas notables figura la de opinar que el robo es una plaga que hace á México un país excepcional en el mundo. En naciones que se quiere presentar como modelos de moralidad, es de notoriedad pública que el robo ha contaminado hasta á los mas altos funcionarios.

Dos cosas hay en el manifiesto, que no han de ser muy del gusto del partido reaccionario. Una es la seguridad dada á los propietarios de bienes nacionales adquiridos regularmente y conforme á la ley, de que no serán inquietados en manera alguna, quedando en posesion de esos mismos bienes; otra la indicacion de que el emperador veria con placer que se proclamara la libertad de cultos, á la que se denomina gran principio de las sociedades modernas. Segun las noticias recibidas últimamente de México, el primer pen-

samiento de Forey habia sido, no conformarse con la simple enunciacion de las ideas expresadas, sino elaborarlas en su fábrica de decretos, al extremo de que estaban ya en prensa los relativos á esas materias, cuando la resistencia de los liberales á apoyar sus planes, le hizo variar de resolucion, dejando sus pensamientos en la esfera especulativa. Como quiera que sea, no se explica la inconsecuencia con que los obispos y clérigos por una parte, y por otra los fanáticos que se proponen sacrificar hasta la independenciam á sus extraviadas ideas religiosas, admiten en calidad de protectores y traen en las palmas de las manos á los que consignan en documentos oficiales, máximas que los ultramontanos califican de heregías merecedoras de la mas severa reprobacion.

El manifiesto concluye declarando enemigos de la patria á los que se muestren sordos á la voz conciliadora del general frances, quien ofrece perseguirlos donde quiera que se refugien.

Desconocemos la facultad con que un intruso se mete á hacer calificaciones que no le competen; consideramos que mas cuenta le hubiera tenido ser él mudo, para no llevar el chasco de encontrarse con un número asombroso de sordos; y estamos seguros de que el gran partido liberal, patriota y lleno de abnegacion, despreciará la altanera amenaza del extranjero que viene á querer imponerle un yugo afrentoso.

Al manifiesto siguieron varios decretos, de los que harémos rápida mencion.

La publicacion de los periódicos mandados suspender á la entrada de Forey, se permitió de nuevo, mediante las restricciones que coartan en Francia la libre emision del pensamiento. La autorizacion del gobierno, la presentacion de un editor responsable, la firma de los artículos de sus autores, la prohibicion de hablar de las leyes é instituciones del

país y de materias religiosas, la introduccion de apercebimientos para suspender un periódico ó suprimirlo, son las bases principales de una libertad de imprenta á que bien pudiera aplicarse la conocida sátira de Figaro.

Para que los habitantes de la capital se vayan acostumbrando á mirar á los franceses como amos, se ha obligado á los primeros á dar alojamiento á los segundos, aumentándose el número de cuartos segun la categoría de los alojados, á quienes ademas se han de proporcionar muebles y hasta caballerizas.

Las ventas hechas desde el 10 de Junio, de bienes de los individuos comprendidos en el secuestro decretado por nuestros tutores, han sido declaradas nulas.

Se ha determinado tambien lo que se ha llamado el curso legal de las monedas de oro americanas, españolas y francesas, amenazándose á los infractores de la tarifa establecida, con la pena de uno á tres meses de prision y de veinte á doscientos pesos de multa.

Despues de estos pasos previos se procedió á uno muy sustancial, ó sea á la instalacion de un gobierno intervencionista, por medio de la junta de notables mencionada en las célebres instrucciones de Napoleon á Forey, teniéndose el descaro de sostener que este nombramiento anómalo es arreglado á nuestro derecho público, y debe estimarse como la expresion legítima de la voluntad del país.

La farsa se preparó con un informe calumnioso de Saligny, en el cual agotó el seudo diplomático su saña contra el gobierno liberal; y haciendo luego alarde de alta capacidad, presentó como fruto del estudio profundo que dice haber hecho de la situacion de México, ese aborto ridículo con que ha acabado de poner en evidencia su falta de perspicacia y tino. Como muestra de la inconsecuencia que le es ge-

nial en sus actos, citarémos la contradiccion en que incurre, cuando despues de declarar incapaz para los negocios públicos á la raza india sin excepcion, ha trabajado por el engrandecimiento de su protegido Almonte.

Para la máquina gubernativa que se ha escogido, se vale la intervencion de tres ruedas: una junta de gobierno, una asamblea de notables y un triunvirato. La junta, absurdo remedo del consejo de Estado frances, tuvo el encargo de nombrar á los triunviros y de fijar sus honorarios, quedando en su guida dividida en varias secciones para deliberar sobre las cuestiones pertenecientes á los diversos ministerios. Formada de treinta y cinco individuos, número cabalístico cuyo misterio no comprendemos, ha debido asociarse con otros ciento quince mexicanos, nombrados sin distincion de rangos ni clase para componer la asamblea, que ante todo debe ocuparse de la forma de gobierno definitiva en México, por medio de un voto que reuna cuando ménos las dos terceras partes de los sufragios, siendo despues de su incumbencia las cuestiones que le sean presentadas por decreto del poder ejecutivo. Este ha de dividir entre sus miembros los seis ministerios, ha de estar facultado para nombrar y destituir empleados, ha de ejercer el veto absoluto sobre las resoluciones de los notables, y ha de cesar en sus funciones luego que se instale el gobierno definitivo.

Tal es el ingenioso resultado de los *profundos estudios* de Saligny, quien poco ha tenido que poner de su parte para dar entre copa y copa este barniz frances á la edicion corregida y aumentada del sistema seguido por Santa-Anna, Paredes, Zuloaga, Miramón y otros falsos intérpretes de la voluntad nacional.

A la expedicion del decreto salvador, siguió su inmediata ejecucion. El conde Dubois postuló á los treinta y cinco

miembros de la junta, la cual quedó compuesta de individuos bien marcados por sus ideas reaccionarias. Para ese cuerpo, para el ayuntamiento instalado pocos días ántes, y para la asamblea de notables, se invitó á varios de los liberales que no han salido de la capital, todos los cuales se han rehusado á figurar en el número de los farsantes. Pero ¿qué mas? aun los mismos conservadores de los que no han perdido el amor á la independencia ni el sentimiento de la propia dignidad, se han negado igualmente á figurar en los puestos mencionados, de eterna vergüenza para los que á aceptarlos se han prestado. Queda, pues, consignado en la historia, de una manera intergiversable, que la intervencion, desechada por todo el partido liberal, sin excepcion ni de los mas moderados de los que lo forman, y no consentida tampoco por una parte del partido retrógrado, no ha encontrado connivencia sino en una reducida faccion, que ha puesto los deberes mas sagrados al fanatismo político y religioso, ó al interes personal.

Resultado tan deplorable, confesado por los mismos intervencionistas, no se salva con la torpe explicacion de los periódicos afrancesados, los cuales sostienen que la intervencion ha cumplido con invitar á los hombres de todas las opiniones. No parece sino que se trata de una simple fórmula de urbanidad. Jactándose la intervencion de venir á consultar la voluntad del país, no ha debido conformarse con solo la invitacion, medio destinado á descubrir la verdad. La negativa de los invitados ha puesto en claro la impopularidad de una empresa apoyada exclusivamente por unos cuantos visionarios.

Compuesta la junta como se pudo, fué instalada y procedió al nombramiento de su mesa, para la cual salieron, de presidente D. Teodosio Lares, tránsfuga del partido liberal,

y para secretarios, D. Alejandro Arango y Escandon y D. José María Andrade, fanáticos de profesion. Después tuvo lugar la eleccion del triunvirato, recayendo en Almonte, Labastida y Salas para propietarios, y en Ormaechea y Pavon para suplentes. El primero de estos entró á figurar de gobernante, en reemplazo del venerable arzobispo de México, como le llamó Forey. Prestándose tanto al ridículo la comedia representada y los actores encargados de los principales papeles, se ha hecho uso desde luego de aquella arma terrible, y se ha dicho que el triunvirato, llamado la palomilla de San Juan por haber sido nombrado el 24 de Junio, se compone de indio, viejo y beato. La propiedad de la calificacion salta á los ojos de cuantos conocen á los tres agraciados.

La instalacion del poder ejecutivo, de fábrica francesa, se hizo con arreglo á un pomposo ceremonial, con lo que se presentó al público un cadáver cubierto de régias vestiduras. Hubo otra vez *Te Deum*, juramentos, discursos, felicitaciones: mucho de bullicio, nada de sustancia.

Complacido Forey de su obra, aseguró muy formalmente en su cienmilésima proclama, que ya la nacion habia declarado su voluntad: dió por asegurado el porvenir del país, y fué, nuevo Cincinato, á descansar sobre sus laureles á la casa de campo de la señora Perez Galvez. ¡Tan fácil así es para los héroes la regeneracion de los pueblos desgraciados!

Los triunviros no quisieron quedarse atras en la cuestion de oratoria, y expidieron su manifiesto, del que no seria plausible que nos desentendiéramos.

El elogio de la intervencion, consignado en ese curioso documento, demuestra que no todos los hijos son desnaturalizados. Mal harian los que han subido al poder por la gracia de las bayonetas extranjeras, en recordar la violacion del

convenio de Londres, el abandono de los preliminares de la Soledad, la suspension de la marcha á Paso-Ancho, los horrores de Puebla, la tutela imperial. Para probar que son quimeras los temores de dominacion y de conquista, ahí está el nombramiento del triunvirato, tan patriota como independiente.

La proximidad de la monarquía se anuncia modestamente. Miétras ese bien nos llega, el supremo poder ejecutivo salido de la urna de los treinta y cinco se resigna á gobernarnos, haciendo una larga recapitulacion de los beneficios que le vamos á deber. Con decir que la religion y la autoridad, la propiedad y la libertad, el órden y la paz van á ser preciosas realidades para los mexicanos, cualquiera se convence de que seriamos muy ingratos si no nos sometiésemos á personas tan bien intencionadas, que no creen hablar á los sordos de Forey.

La obra magna está á punto de consumarse con la asamblea de notables, cuya formacion es todavía desconocida, que ha debido instalarse ya, y de la que con seguridad se sabe de antemano, que va á votar por la forma monárquica, probablemente por unanimidad. Maximiliano, que ha de estar ya algo cansado de esperar, será elevado al trono de México. ¡Bien venido sea tan gran señor!

Sin duda para irse preparando á las pompas de la corte, salen ya á relucir en procesiones y bailes, los talares mantos de la ínclita órden de Guadalupe, los uniformes apolillados de la época de Santa-Anna. La antigua nobleza desempolva sus pergaminos; la nueva saldrá, como es natural, de la junta de gobierno, de la asamblea de notables, del ejército reaccionario, de los intervencionistas de la víspera y aun del *lendemain*. Duques, condes y marqueses, mariscales y arzobispos, caballeros y chambelanes, azafatas y damas de honor,

lacayos de librea mas ó ménos reluciente, sueñan ya con el esplendor de su futura grandeza.

Los periódicos reaccionarios han comenzado ya, con oportuna prevision, á declararse por la monarquía. En las reuniones intervencionistas no se habla de otra cosa. La monarquía está de moda: el republicanismo es un sarcasmo social. Lo mismo que el hombre de Molière se admiraba de haber hablado tanto tiempo en prosa sin saberlo, los intervencionistas se admiran de haber sido monarquistas toda su vida, sin sospecharlo siquiera, hasta ahora que la inspiracion francesa ha venido á disipar las tinieblas del error que los cegaba.

Es por consiguiente cosa decidida lo del trono y Maximiliano; pero miétras llega el monarca, sus prosélitos buscan el modo de entretener el fastidio que les causa la dilacion de su venida.

Una de sus diversiones es ir á ver azotar en la picota levantada por nuestros civilizadores. Ese castigo infamante y vergonzoso, desconocido entre nosotros por fortuna, está siendo aplicado diariamente en un lugar muy público. Se asegura que los azotados lo son tan cruelmente, que casi todos sucumben de resultas de la operacion. México está hoy sometido, por faltas ó delitos en que no median juicio ni pruebas legales, á la pena de muerte con circunstancias agravantes; beneficio mas debido á la intervencion.

Tambien el espionaje y la delacion están á la órden del dia. Las casas de los comerciantes son cateadas en virtud de denuncias, falsas ó verdaderas, de que allí tienen fondos los enemigos de los planes napoleónicos. Se comienza por el secuestro y se acabará seguramente por la confiscacion.

Han salido expediciones para Pachuca, Toluca y Orizava, reforzándose la última, segun se asegura, á consecuencia de

un golpe dado á los franco-traidores por los generales Negrete, Rivéra y Cuellar. Aunque se ha hablado de venir tambien sobre las poblaciones del interior, que reconocen todas al supremo gobierno nacional, parece seguro que se dejará ese movimiento, si acaso, para cuando haya pasado la estacion de las aguas, sin que entretanto se haga otra cosa que extenderse en un radio de quince ó veinte leguas al rededor de la ciudad de México. Tal medida lleva por principal objeto, facilitar la entrada de los efectos destinados al consumo de la poblacion, en la que han subido ya extraordinariamente de precio los de primera necesidad.

El bandido Butron, que para darse importancia supuso que habia derrotado á una fuerza liberal, cuando no hizo mas que recoger los dispersos de un cuerpo que se desbandó; el bandido Butron cometió tantos y tan graves excesos, que no pudieron soportarlo sus aliados, y eso que no son difíciles en la admision de cómplices. Reducido á prision con su fuerza, ha sido fusilado, segun unas noticias, y segun otras deportado á la Martinica ó á Cayena.

Los demas traidores, de Márquez para abajo, siguen siendo vistos con insultante desprecio, no solo por los habitantes de la ciudad cautiva, sino tambien por los franceses. Mejía, que ha entrado á México con sus chusmas, ha visto desechadas las combinaciones que propuso contra los liberales. Toda esa gente perdida, en perpetua riña con el honor, está relegada á la humillacion de servir solamente á sus amos de viles instrumentos.

La intervencion, no obstante las ventajas aparentes que ha alcanzado, está hoy mas léjos que nunca de realizar sus depravados fines. Los obstáculos que la contrarian son verdaderamente invencibles, como lo demuestra el exámen de la situacion.

Veamos si no cual es la política que puede seguirse por el gobierno imperial, pasando revista á todos los casos posibles.

La conquista de México, ó sea su reduccion á colonia francesa, á nueva Argelia, no podria efectuarse, ni aun destinando á tan loca empresa los tesoros y la sangre de la Francia en considerables proporciones. Dificultades de todo género serian un estorbo completo para la consumacion de una obra irrealizable.

La resistencia del país, aun cuando solo consistiera en la fuerza de inercia, en la falta de aquiescencia al yugo extranjero, bastaria para no hacer dueños á los conquistadores sino del terreno que pisaran. Pero no es posible que á tan poco se limitara el esfuerzo de los mexicanos amantes de su independencia, á quienes nunca faltaria modo de hacer la guerra de insurreccion, mas ó ménos regular, y siempre terrible para el enemigo. Lo mas probable es que subsistiera el estado actual, en el que, con excepcion de unas cuantas poblaciones, sometidas por la fuerza que las ocupa, todo el resto del territorio se conserva libre, obediente á las autoridades nacionales, dispuesto á hostilizar de todas maneras al invasor. Bajo tales auspicios la conquista seria nominal, y tarde ó temprano acabaria por desaparecer.

La Francia, por otra parte, no puede sin locura agregar, con carácter permanente, una nueva complicacion á las antiguas con que está luchando ya, por su manía de entrometarse en negocios ajenos. La conservacion de la Argelia, pesada carga que hubiera debido acabar de convencerla de su poca aptitud para la colonizacion; la indefinida ocupacion de Roma, que la hace odiosa á los italianos; la expedicion de Cochinchina, donde le acarreará tropiezos y no ventajas la creacion de intereses difíciles de atender; y la conquista de

México, sueño dorado que se convertirá en una horrible pesadilla, son empresas de tal magnitud, que no es dable abarcarlas todas á la vez.

No siéndolo en tiempos bonancibles, ménos lo serian luego que estallara una guerra europea, de las muchas que á cada paso asoman en el horizonte. Ahora mismo hay anuncios muy marcados de la facilidad con que puede desarrollarse en el antiguo continente una lucha gigantesca en que se veria la Francia obligada á agotar todos sus recursos. Segun las últimas noticias, la santa, la heróica, la terrible insurreccion de Polonia, aislada hasta aquí, abandonada al poder y á los horribles excesos de la Rusia, no solo se sostiene con un valor indomable, sino que alcanza ventajas de consideracion en el campo de batalla. Las grandes potencias, tímidas é irresolutas, se han conformado hasta aquí con solicitar del czar humillantes concesiones; pero la fuerza incontrastable de la opinion pública está ya á punto de arrastrarlas á una guerra á favor de los polacos. En Francia, en Inglaterra, en Suecia, es donde mas cunde el entusiasmo por una lucha humanitaria, encaminada á destruir uno de los mayores atentados de la historia. Esta situacion se complica con la actitud en Prusia del partido feudal, que provoca é insulta al gobierno frances, y con la preponderancia que va adquiriendo en España el partido progresista, dirigido por Prim y Olózaga, y cuyas tendencias han de ser por necesidad opuestas á la política napoleónica.

Por último, la tentativa de conquistar á México, en vez de ser lucrativa para la Francia, le ocasionaria pérdidas en todo sentido. Pérdidas de hombres por el clima, por las enfermedades, por la resistencia á mano armada de los mexicanos, cuyo valor ha empezado ya á conocer Forey en el sitio de Puebla, segun confiesa él mismo en el diario que ha re-

mitido al emperador y que se ha publicado ya en los periódicos europeos. Pérdidas de dinero, por la absoluta imposibilidad de que el ejército enemigo viva sobre el país, de manera que el presupuesto del cuerpo expedicionario ha de ser pagado íntegro por el tesoro frances. No es presumible que la Francia se resigne por mucho tiempo á ser sacrificada con desembolsos tan crecidos como innecesarios, por una empresa irrealizable y absurda.

Si no es la conquista en lo que se piensa, sino en el establecimiento de una monarquía extranjera, la cuestion varia simplemente en los términos, sin sufrir alteracion en lo sustancial. El monarca que fuera bastante insensato para aceptar un trono levantado sobre las puntas de las bayonetas francesas, necesitaria el apoyo constante de estas para no caer derribado por sus recalcitrantes súbditos. Renacerian, pues, todos los obstáculos reseñados, sin mas diferencia que la de que el ejército invasor trabajaria entónces por cuenta ajena, lo cual creemos que no seria muy del agrado de la Francia.

Como tercera eventualidad se presenta la del establecimiento de un gobierno intervencionista, ya sea bajo la forma monárquica, ó ya bajo otra cualquiera. Con esta nueva combinacion, tampoco avanzaria la intervencion ni un ápice, pues quedaria siempre en pié la indeclinable necesidad de sostener con la fuerza armada extranjera el simulacro de poder que debiera á ella su existencia, y que sin ella no se podria conservar.—En cualquiera de los tres casos enunciados, la cuestion viene á resolverse en la ocupacion militar del país. Mientras Napoleon tenga aquí á sus genízaros, gobernará en los lugares invadidos el virey, el monarca extranjero ó mexicano, el triunvirato, el dictador ó el presidente, salidos de la fábrica imperial: el dia que los geníza-

ros se retiren, caerá el manequí napoleónico al soplo del impulso nacional.

Las ventajas alcanzadas para la Francia, serán en tal evento completamente ilusorias. Con el poder ficticio que establezca en el país el emperador, le será llano celebrar arreglos á que se dará el inadecuado nombre de tratados internacionales, en los cuales estipulará las concesiones que tenga por conveniente, sacando todo el provecho imaginable. Pero esos arreglos caducarán el dia que les falte el apoyo de la fuerza; pero el gobierno que los haya celebrado tendrá que huir al extranjero á ocultar su impotencia y su humillacion; pero el emperador tendrá que venir á hacernos de nuevo la guerra, para que las mismas escenas se repitan, encerrándose así en un círculo vicioso. No hay, pues, medio en el dilema que hemos presentado; ú ocupacion militar del país, indefinida, perpetua, onerosa, irrealizable; ó gobierno impotente, combinaciones ineficaces, tratados insubsistentes, renovacion de expediciones, lucha eterna é infructuosa.

¿Cuál es en consecuencia, el único camino posible, el solo arbitrio racional entre tantas complicaciones insolubles? Reconocer la temeridad de la obra intentada, resignarse á cantar la palinodia, encerrarse en los límites de lo hacedero, no obstinarse en una senda de perdicion; en una palabra, tratar con el gobierno constitucional. Por mas vueltas que se dén al negocio, no se le encontrará otra salida. Así terminará la guerra, se dará estabilidad á lo que se haga, se obtendrá el cumplimiento de lo que se pacte. Solo con la autoridad legítima, reconocida y obedecida en todo el país, es posible llegar al término de la cuestion. Tal convencimiento debe ya existir en el ánimo de los invasores, aunque afecten creer lo contrario; y si por desgracia no lo tuvieren

aún, el tiempo, la experiencia no tardarán en dárselo. En cuanto al resultado, de no ser obra de ese convencimiento, lo será indispensablemente de la necesidad que se sobrepone siempre á los caprichos.

Un año hace que Julio Favre daba al gobierno imperial este consejo: "tratad y retiraos." El estruendo de la adulacion sofocó la voz del insigne tribuno. Ventajas aparentes han venido despues á desautorizarla para los ilusos, miéntras para los hombres reflexivos es cada vez mas patente la sabiduría de la indicacion. Cada dia que pase, cada suceso que ocurra, cada desengaño que llegue, cada complicacion que surja, servirá de apoyo al arbitrio propuesto: "tratad y retiraos," clamará sin cesar otra voz mas autorizada que la de Favre, la voz de la necesidad; y el ejército imperial, de grado ó por fuerza, acabará, así lo esperamos, por tratar y por retirarse.